

«NUNCA CONTAMOS CON GOBIERNOS PARTIDISTAS FUERTES Y VIGOROSOS»

En los relatos políticos venezolanos pocos villanos resultan tan tenebrosos como los partidos políticos. Juan Carlos Rey alza su voz ante la simplificación del pasado y critica a quienes afirman que la partidocracia liquidó a la democracia venezolana. Al contrario de lo que muchos piensan, sostiene que, por no haber gobernado, los partidos engendraron un mal peor: el personalismo.

El 7 de mayo de 2009, en un acto de estricta justicia, las autoridades de la Universidad Central de Venezuela entregaron al profesor emérito Juan Carlos Rey el doctorado *honoris causa*. Lo que en un primer momento fue pensado como un emotivo acto académico se convirtió en una defensa apasionada de la política como ciencia social y como ética práctica de la convivencia pacífica y civilizada.

El invitado advirtió al auditorio sobre el falso carácter democrático de los enemigos del sistema político representativo. En su opinión, algo turbio se oculta detrás de la promoción de modelos plebiscitarios de gobierno, en los cuales las instancias del poder no son controladas. «Cuando se cree que la misión del jefe de Estado consiste en instaurar el reino de Dios en la tierra, los poderes a los que el gobierno va a aspirar y los sacrificios que va a exigir al pueblo no tendrán límites, y el camino hacia el totalitarismo estará despejado».

Para conversar sobre el futuro de los partidos políticos y el sistema democrático representativo, Ramón Piñango,

Virgilio Armas Acosta y Rafael Jiménez Moreno, de *Debates IESA*, se reunieron con el profesor Juan Carlos Rey.

Debates IESA: En su recién publicado libro, *El sistema de partidos venezolanos (1830-1998)* [Caracas: Centro Gumilla y Universidad Católica Andrés Bello, 2009, 313 páginas], muestra que es un apasionado defensor de los partidos políticos. ¿No es esto extraño, por decir lo menos, en la Venezuela de nuestros días?

Juan Carlos Rey: Soy un convencido de la democracia representativa. Pese a lo que muchos creen, este sistema de gobierno no consiste solamente en el supuesto de que quienes detentan el poder tengan unos límites que les impidan convertirse en tiranos. La democracia representativa consiste, por sobre todo, en que los ciudadanos puedan exigir al gobierno que cumpla lo que ha ofrecido. El cumplimiento de las ofertas y promesas electorales es esencial en la democracia

representativa. Sé que es una tesis muy discutible. Algunos opinarán que es una visión populista de la democracia. Pero yo no comparto ese criterio.

Sólo existe un mecanismo para que los políticos en funciones de gobierno cumplan verdaderamente las promesas formuladas en las elecciones: la competencia entre los partidos políticos. La democracia representativa supone, en el caso de los partidos políticos, asumir la obligación de responder a la sociedad por las promesas electorales. Ese ha sido el mecanismo más exitoso para garantizar que los gobiernos se hagan responsables por sus promesas.

Por supuesto que el éxito de este mecanismo institucional no depende exclusivamente de la simple existencia de los partidos políticos; se precisa, además, la concurrencia de otras condiciones. Pero el cumplimiento de las promesas y ofertas electorales hechas por los partidos políticos constituye la condición indispensable para que la democracia representativa funcione. Si no se cumple este requisito, estamos en presencia de una democracia «formal». Ahora bien, la historia ha

demostrado que una estructura legal de deberes y derechos no basta para que el pueblo acepte una democracia. Un sistema de democracia representativa no tiene viabilidad en un país que no ha alcanzado un suficiente grado de desarrollo económico y social, como es el caso de Venezuela, si el pueblo no ve que mediante tal sistema puede colmar sus ansias de justicia, prosperidad y libertad.

Ese planteamiento podría ser calificado por algunos de «hermoso pero irreal». A primera vista, parece tener aplicación práctica en sociedades con una amplia y sólida cultura política. Pero, ¿qué ocurre en colectivos sociales con escasa formación política que, hastiados de la corrupción y la decadencia achacadas a los partidos políticos, comienzan a clamar por el surgimiento de un liderazgo fuerte?

Las personas que plantean tales observaciones no creen en la democracia. Son opinadores o presuntos expertos que, presionados por las preguntas de los periodistas, despliegan un falso apoyo al sistema democrático. En sus corazones, lo que verdaderamente profesan esas personas es un despotismo ilustrado; es decir, anhelan la llegada de un líder mesiánico, sabio y virtuoso que tome las riendas de la sociedad. Pero yo no comparto semejante visión. Los ciudadanos que se someten al liderazgo de políticos iluminados se exponen a terminar gobernados por un Hitler.

El correcto ejercicio del poder democrático exige de los líderes un conjunto de condiciones mínimas; también, por supuesto, de los partidos políticos, particularmente en lo que atañe a su funcionamiento diario, estructura orgánica, núcleo ideológico y capacidad para competir por los votos de los electores. El pueblo, por su parte, como suma de individuos libres pero interdependientes, debe desarrollar un fino sentido de aquello que le conviene para la consecución de los objetivos comunes. Se trata de un tipo de conocimiento que sirva, en la práctica, como un criterio de evaluación y decisión para juzgar, al final de cada gestión gubernamental, el cumplimiento de las ofertas y promesas hechas por el liderazgo que ejerce el poder. Estoy convencido de que, sometida a estos parámetros, la experiencia democrática puede funcionar.

Se dice que en Venezuela existió una partidocracia. ¿Es eso cierto?



Fotografía: Cincopuntos.es

He notado que a muchos de los opinadores sobre el tema político les encanta en demasía el origen griego de la expresión «partidocracia». Yo en cambio prefiero hablar, manteniéndome fiel al influjo del idioma griego, de una «partidopatía sistémica». Hubo un grupo de partidos, en el que destacaron dos en particular, que sufrieron una patología, más que un ansia desmedida de poder. AD y Copei tuvieron una total dejación, una abdicación de sus poderes en favor de los presidentes de la República. Ninguna de las dos organizaciones cumplió su responsabilidad de exigirle cuentas claras al jefe de Estado. Fue un grave error, porque el sano ejercicio de la democracia representativa exige una política de asesoría y fiscalización de los presidentes por parte de los partidos.

Con el único presidente de la República que se registró un auge del partidismo fue con Jaime Lusinchi. Hasta tal punto Lusinchi deseó estar bien con el aparato del partido que nombró como gobernadores a las autoridades regionales de Acción Democrática. Por cierto, Allan Brewer Carías se basó únicamente en este período histórico para escribir *El Estado incomprendido*, su libro sobre la partidocracia. Fijense en esta frase de la página 57: los partidos «han dominado y penetrado no sólo las instituciones políticas, sino las instituciones y grupos de interés de la comunidad. De acuerdo a

este régimen en Venezuela puede decirse que los partidos gobiernan; estos tienen el monopolio del poder, de la representabilidad y de la participación [...] Esto ha provocado una distorsión y mediatización de la democracia, la cual, en más de una ocasión ha dejado de ser el gobierno del pueblo y para el pueblo y se ha convertido en un gobierno, no sólo de los partidos, sino para los partidos».

El panorama cambia con la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez. El primer mandatario se distancia de AD y actúa liberado de la disciplina partidista. No tengo duda de que uno de los mayores errores de la democracia representativa ocurrió cuando las organizaciones políticas relevaron a sus integrantes, en cargos de poder, del cumplimiento de la disciplina partidista. Lamentablemente, esta pernicioso abdicación fue siempre socialmente bien vista, debido al histórico antipartidismo venezolano que hemos heredado desde los lejanos tiempos del Libertador.

Generaciones tras generaciones de venezolanos se han levantado al calor de la crítica sistemática y permanente del denominado «espíritu de partido», que se le considera como la búsqueda egoísta del progreso personal en detrimento del bien común y la voluntad general. En 1958, cuando cae Marcos Pérez Jiménez, regresa a Venezuela un Rómulo

Betancourt que ha reflexionado y aprendido mucho en el exilio. Ha internalizado que la exasperación del «espíritu de partido» —hasta el punto de reducirlo a mero sectarismo— fue un factor de-

sondeos observamos que, en la mayoría de ellos, la población calificaba a los políticos profesionales de dirigentes incompetentes y corrompidos, obsesionados únicamente por la conquista del poder.

«Debemos retomar la idea del partido como organización colectiva responsable políticamente ante los electores, ante el país»

terminante en la crisis del gobierno de Rómulo Gallegos. Inicia entonces una labor de convencimiento de sus opositores políticos para suscribir el Pacto de Punto Fijo: una iniciativa que consagra una visión pluripartidista del gobierno y deja de lado la posibilidad de una administración concebida en función de una única organización.

Estos movimientos estratégicos de Betancourt, en contra del sano espíritu de partido, tenían que ser medidas estrictamente transitorias, adoptadas únicamente en atención al clima de desestabilización que amenazaba al naciente sistema democrático. Una vez superada la emergencia institucional debieron retomarse los preceptos de la lógica política moderna, que recomienda ejercer el poder de acuerdo con la ideología y el lineamiento del partido de gobierno. Lamentablemente en Venezuela no ocurrió así, para beneplácito de algunos periodistas y también para la totalidad de los miembros del grupo conocido como «los notables».

En Venezuela los gobernantes se acostumbraron a cumplir sus funciones liberados de la odiosa disciplina partidista. Nunca contamos con gobiernos partidistas fuertes y vigorosos, porque nunca se restituyó del todo la disciplina del partido. Los presidentes de la democracia representativa no eran controlados por sus compañeros de organización.

Pero hoy son muchos los ciudadanos que no creen en la utilidad de los partidos. Varios analistas atribuyen los acontecimientos políticos registrados en los últimos diez años a la incapacidad y el egoísmo de los partidos políticos nuevos y tradicionales.

En los primeros gobiernos de la democracia representativa las personas confiaban en que los partidos políticos podían satisfacer sus peticiones y reivindicaciones socioeconómicas. Pero esta percepción cambió drásticamente. La desconfianza de los venezolanos hacia los partidos quedó documentada de una manera más sistemática con la aparición de las primeras encuestas. Cuando revisamos esos

Con la gestión gubernamental de Jaime Lusinchi renace la fe de los venezolanos en los partidos políticos. De hecho, Lusinchi se convierte en el presidente con la popularidad más alta al término del mandato. ¿Cómo puede explicarse este renacimiento de la confianza popular? No resulta muy serio alegar que todo obedeció a la gran habilidad propagandística del tecnócrata Carlos Croes. A mi juicio, todo aquello guardó también relación con la impresión generalizada de la existencia de un gobierno fuerte, encabezado por un líder que había sabido apoyarse en el partido de gobierno. La gente veía en Lusinchi un líder que siguió de modo exitoso los lineamientos emanados de la estructura de su partido.

Cuando revisamos la época del presidente Luis Herrera observamos que los sondeos dan cuenta de una población que todavía brindaba su apoyo unánime al sistema democrático. Sin embargo, también notamos que cada vez más personas planteaban fuertes y crecientes críticas contra los partidos políticos.

El desprestigio total de la democracia representativa llega con la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez. Ahí sobreviene la hecatombe. ¿Qué ocurre? Que las promesas hechas en la campaña electoral de 1988 fueron incumplidas, y el megalómano Carlos Andrés Pérez, a espaldas del pueblo, pero también de su partido, asume drásticamente una política neoliberal. Los ingenuos venezolanos no se dan cuenta de que la trágica situación se debe a un exacerbado personalismo presidencial. En medio de su frustración y desencanto, sólo atinan a culpar a los partidos. La respuesta cómoda, fácil y falsa.

El error que sí cometieron los partidos políticos fue dejar de interpretar las expectativas de la gente. Sufrieron arterioesclerosis en su funcionamiento, en su núcleo ideológico, en su estructura interna. La liberación de la disciplina partidista supuso la eliminación del mecanismo más efectivo para vigilar el cumplimiento de las promesas electorales formuladas por los gobernantes. También causó mucho daño la suspensión temprana de las garantías de libertad económica previstas en la Constitución de 1961, y la sucesiva ab-

dicación, en leyes habilitantes aprobadas durante los gobiernos de Carlos Andrés Pérez y Jaime Lusinchi, de los poderes legislativos a favor del Ejecutivo, fundamentalmente en materia económica.

A esto debemos agregar la creación de un gigantesco, descomunal, monstruoso, aparato de administración pública descentralizada, que Carlos Andrés Pérez lleva al paroxismo en su primera gestión. Aquel caos institucional se traduce en el despilfarro de recursos por parte de un conjunto de empresas y organismos públicos que, en la práctica, funcionaban sin control del Congreso, porque el Poder Legislativo casi nunca mostró interés en controlar las cuentas y podar la fronda burocrática. Un dato en particular revela la magnitud del error cometido: en la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez más del cincuenta por ciento de las decisiones económicas, en particular las atinentes al gasto y el endeudamiento públicos, fueron tomadas por organismos de la administración pública descentralizada, sin control alguno del Congreso de la República y los partidos políticos. Sin embargo, esta realidad tan obvia no fue apreciada cabalmente por teóricos como Allan Brewer Carías, y por eso es que se animan a ensayar la tesis conceptual de la «partidocracia».

Siempre se acusa a buena parte del pueblo venezolano de buscar un salvador o un líder. Pero también las élites han tenido responsabilidad en el proceso de desacreditar a los partidos políticos y encumbrar a los caudillos y hombres fuertes e iluminados. Recordamos, por ejemplo, la adoración que en el ámbito empresarial existía alrededor de la «democracia con energía» del primer Carlos Andrés Pérez.

Tanto el pueblo como las élites tienen responsabilidades en el hábito tan venezolano de cultivar el personalismo. Entre los intelectuales, uno de los más importantes promotores del personalismo fue Arturo Úslar Pietri, gracias a una tesis muy sencilla: la democracia representativa se basa en la confianza directa entre el elegido y sus electores, sin necesitar en modo alguno la participación mediadora de los partidos políticos. Según Úslar, los partidos son los malos de la película, son los que destrozaron los sueños colectivos, los que se roban todo, los que escamotean la voluntad popular. Esta opinión deja de lado la responsabilidad de los partidos políticos en las sociedades modernas.

¿Y qué pasó en el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez?

En 1988, Carlos Andrés Pérez, que es una persona muy inculta, se deja seducir por estos brillantes tecnócratas, quienes, en reuniones previas de trabajo, lo convencen de tener en las manos la solución de los problemas macroeconómicos, gracias a las maravillas reales e imaginarias de las políticas neoliberales. Entonces Pérez conforma su gabinete ministerial y le da autoridad a un grupo de tecnócratas ridículos, que ingenuamente creían que iban a ejercer el poder gracias a sus diplomas, a sus teorías económicas extremistas, y al seguimiento constante de la opinión pública mediante sondeos y encuestas.

Los ingenuos tecnócratas consideraban que, además del carisma y la popularidad del presidente Pérez, se requería la ejecución de una ambiciosa campaña de propaganda y relaciones públicas. Ellos decían: «Sólo necesitamos un Carlos Croes al frente de la Oficina Central de Información. Lusinchí triunfó gracias a Croes». Pero esta tesis es totalmente falsa, porque la clave de Lusinchí fue haberse apoyado en el partido. Cuando se repasa esta etapa de locura de la vida pública venezolana, uno no puede evitar preguntarse cómo los dirigentes de Acción Democrática la permitieron.

¿Se ha superado el personalismo?

No. Todavía no hemos superado el personalismo.

¿Seguimos buscando el hombre fuerte?

Por supuesto. Todavía abunda el que lo sigue buscando. Pero de este desatino todos tenemos la culpa. Por ejemplo, una gran culpa la tiene la prensa. Los partidos políticos fueron hundidos por la prensa y su periodismo de denuncia, practicado la mayoría de las veces sin pruebas ni evidencias serias. Desde 1983 la prensa se ensañó con los partidos tradicionales y con los políticos profesionales. Creían que con el descrédito de los actores políticos el poder recaería en los propietarios de los medios de comunicación. Sus socios eran «los notables», a quienes se les facilitó todo el espacio mediático disponible.

Y también a Chávez...

Por supuesto, porque creían que después lo podían manejar a su gusto. Pero se encontraron con el exacerbado personalis-

mo de Chávez, que magnifica todos los problemas achacados a los presidentes anteriores. La variante del personalismo de Chávez es de tipo carismático.

¿Cuántos tipos de personalismos existen?

Yo identifico al menos dos tipos de personalismos. El primero, que podríamos

«AD y Copei tuvieron una total dejación, una abdicación de sus poderes en favor de los presidentes de la República. Ninguna de las dos organizaciones cumplió su responsabilidad de exigirle cuentas claras al jefe de Estado»

llamar el personalismo más tradicional, caudillesco, premoderno, vinculado con sociedades de estructura económica pre-capitalista. Este tipo de personalismo es el que explica la relación entre el dueño de una hacienda y la peonada, por ejemplo. El segundo sería el personalismo carismático, del tipo ejercido por Adolfo Hitler; un personalismo que puede desembocar en el totalitarismo cuando su influencia se multiplica y consolida gracias a los medios de comunicación masiva.

En los partidos de los países más democráticos, como por ejemplo Inglaterra, existe también una tendencia personalista en los líderes políticos. Incluso está bien visto el personalismo. Sin embargo, hay una diferencia entre el personalismo del líder del partido político moderno y el personalismo carismático del tipo ejercido por Hugo Chávez. El personalismo moderno se encuentra dentro de los diques de un partido que tiene una ideología que se le impone al líder, una organización que limita las acciones del líder, una disciplina que vigila y penaliza los descarríos del líder, y una dirección que se responsabiliza colectivamente por las ejecutorias de gobierno. Se trata de un liderazgo político aprovechado, pero a la vez frenado, por el marco institucional.

Acción Democrática era el partido de Rómulo Betancourt en el sentido de que pertenecía a sus filas, pero AD no era de su propiedad. Betancourt no hacía lo que quería con Acción Democrática. Copei no fue tampoco el partido de Caldera. Cuando perdió unas elecciones internas debió irse y fundar otro partido: Convergencia. En cambio, Chávez manda y desmanda, crea y destruye a la loca, porque el PSUV es «su» partido. Este modo de liderar es muy distinto al empleado por un personalismo institucionalizado y encauzado por un moderno partido de masas, como fueron los casos de Betancourt y Caldera.

En el período histórico comprendido entre 1958 y 1993 los únicos partidos que tuvieron posibilidad de conquistar la Presidencia de la República fueron los partidos de masas, porque existía una ideología, una coordinación logística, un liderazgo institucionalizado. A partir de 1993 notamos que los caudales de votos son captados por los grandes partidos personalistas: Convergencia, el Movi-

miento V República y el Partido Socialista Unido de Venezuela, Proyecto Venezuela y Un Nuevo Tiempo. Actualmente, el partido personalista que gobierna es el Partido Socialista Unido de Venezuela. Y ya Chávez nos lo ha advertido: «El partido soy yo».

¿Podremos escapar algún día del personalismo?

Claro que es posible. Pero es una tarea que implica un trabajo enorme por parte de los educadores, los líderes sociales, los partidos políticos, los periodistas. Entre todos tenemos el deber de que el pueblo y nuestras élites tomen conciencia de lo aberrante y desastroso que resulta el personalismo. Tenemos que aprender a darnos instituciones, y reconocer que el partido político es la institución máxima. Debemos retomar la idea del partido como organización colectiva responsable políticamente ante los electores, ante el país.

¿Es posible recuperar los viejos partidos o es imprescindible fundar nuevos partidos?

Habría que intentar las dos cosas simultáneamente, porque estamos muy necesitados de un entramado institucional. La opción idónea sería, desde luego, la regeneración de los partidos, pero yo no confío mucho en esa posibilidad. Lamentablemente, tampoco creo en los nuevos partidos políticos que se han venido formando; ni siquiera recuerdo sus nombres un tanto ridículos.

Entonces, ¿el país seguirá girando en torno al dilema de tener fe en las personas o tener fe en los partidos?

Ciertamente. Ese es el gran dilema venezolano. **■**